ARTEMIS 1

el retorno del hombre digital a las letras y el discernimiento moral.

C.H.LETTERS

ARTEMIS I

INTRODUCCIÓN

Como primer despegue de la poesía mundana contemporánea, Artemis I es el primero de muchos tomos de reflexiones que, según muchos, 'lo que se debía hablar, ya se habló y ya se escribió'. Tal como la vuelta del humano a la Luna, este es el viaje de exploración inicial, el retorno del hombre digital a las letras y el discernimiento moral. Las letras de verdad, de las preguntas que incomodan, donde el protagonista ni muere ni triunfa; por el contrario, está condenado a vivir y debe adaptarse o extinguirse. Artemis I es un planteamiento del escritor visceral con una incógnita constante: ¿Tiene sentido sembrar flores que no veré cosecharse o que los ciegos dejarán marchitar?".

“La poesía jamás dejará de escribirse, aún cuando no exista el papel ni la tinta ni en qué plasmarse. De ser necesario, el ser humano utilizará su propia sangre y su propia piel, para sentirse vivo entre las letras, para luchar o para escapar de su realidad; aún cuando no haya quién le escuche o le lea. Ese siempre será su anhelo”.

C.h.Letters.

I. El ruego

Regrésame a la noche en la que nos conocimos,

regrésame las lunas que te dediqué, los equinoccios que nos perdimos por estar atiborrados entre las sábanas extasiados y satisfechos de placer,

regrésame las plegarias que le recité al destino antes de cerrar los ojos, para amanecer con los tuyos enfrente de los míos, abriéndose como cortinas que vislumbran el más hermoso amanecer alumbrando el majestuoso océano.

Regrésame al idilio que fue cada cataclismo de sensaciones que era tocar tu piel con tus sentidos a todo furor. Con tus mejillas enrojecidas, la agitación de tus fosas nasales y tus uñas clavándose en mi espalda.

Regrésame a la duda y la inseguridad, a la admiración excesiva que ni en los sueños me abandonaba, que ni en la distancia te perdía de vista. Aunque fuera inquietante, me daba un sentido, justificaba caminar por la espinosa senda del querer querernos y de vivir sufriendo.

Regresame hoy porque ya no distingo del ayer ni del mañana. Porque soy como un sufijo sin pronombre o un centro de diversiones abandonado. Cómo un reloj sin segundero, he perdido la mínima noción del tiempo, pero jamás el olor de tu perfume, ni el último beso que nos dimos o la última mentira que nos dijimos. La de que siempre nos recordaríamos.

Regrésame antes de dejar de verte con los ojos del amor, porque de maga pasaste a ser quien presionara la daga. Porque al darte la espalda ya te abrazaba un tercero y ¿Yo? Yo aún temo dar la vuelta para no verte feliz, mientras suplico al olvido que me regrese una vez más a esa fría tarde de abril.

"El dinero distrae, te vuelve desconfiado; por eso es más fácil enamorarse en un pueblo donde el arcoíris es a blanco y negro".

— Facundo Cabral.

EL BESO

Si te beso con mis labios es solo una de muchas formas en las que te puedo besar; una vez nos enamoremos, aprenderé a besarte con los dedos, con el codo, con los ojos y con cada célula de mi ser.

Si te beso con mi lengua toco la punta de tus palabras. Si te beso con mi pene, arremeteré con furor el pudor de tu pantalón; y cuando nos enamoremos ¡claro!, antes de que nos despreciemos, si quizás no nos llueve tanto, te habré besado con el alma; porque los años no me alcanzarán para besarte con todo mi ser.

II

Pasado el litigio del Bautizo, la huella del pie manchado de carboncillo ponía la firma, y a la postre mi razón suplida por el sueño de intentar pertenecer.

Entonces el despertar fue peor que la pesadilla, porque de tanto tiempo, mi cuerpo tejido a la cama se sentía de la varilla, no de la vida; y los pies desaprendieron el verbo andar.

Después del despertar del sueño, ¿Hay sentido en intentar ser ? El vacío no es amigo , ¿A quién sirvo la otra taza de té? Ahora que todo está en silencio ¿Me dedica el cielo el rojo amarillo de su atardecer?

III

Si no fuera por esos silencios incómodos en que me apodera la duda

, al menos 25 horas al dia

disfrutaría ser mi protagonista

y el villano estelar en esta vida

—mi obra de teatro sin público

y sin un digno escenario—

De pronto me afana mencionar la última línea de este sumiso guión:

de inicio y fin, de bien y mal.

Porque este no es sino el epílogo.

Hasta que muera,

se escribirá mi versión del amor.

¿Quién bajará el telón?

¿Habrá quién aplauda?

¿Merece mi venia una última flor?

MI HIMNO

Canten mi nombre a pesar de los siglos,

y el de los que conmigo hoy perecen.

Y que nuestro sacrificio no sea en vano,

porque mucho se ha dicho,

poco para lo que hoy siento.

Pola no me llamo, pero acudo valiente al temible llamado;

con el sol ardiente y la multitud juntada,

se alista el estrado.

El verdugo afila el hacha,

los inocentes alistan el cuello.

¿A quién le hemos de rezar nuestras últimas plegarias?

El Dios que nos espera, ¿será igual de litigante?

¿Nos castigará por nuestra naturaleza

de pecadores desvariados?

¿Valdrá la pena morir en el juicio?

¿Descansaremos los nadies?

A las 12 del mediodía en la plaza de Santa María, un Viernes Santo;

la concurrencia aplaudió la infamia,

el filo impuso la ley

y el miedo, el orden y el silencio.

FOTOGRAFÍAS

En el álbum de nuestros recuerdos

No guardé ni una foto tuya

O tu retrato en el papel, menos en la nube;

A lo sumo me hice un boticario

Con el aroma de tu perfume

Y el sabor de tu decepción.

No existes en mi diván,

pero en tu honor,

Hay un árbol sembrado en mi jardín.

SEMOS

Colombiano no es ponerse un sombrero, contar monedas
Y terciarce un morral.
El colombiano es más que fuero,
Jurga y algarabía.
Ser nacido en este platanal,
es amar más a la mama que a
La patria,
Sudar el poncho y
Jamás bajar el sombrero.
Y si no, pregúntele al machete
Que nos dió la libertad
Y aún nos debe el excelso don de la paz.

LA ÚLTIMA CITA

Si muero antes que tú,
Ten presente que hasta el último suspiro
Te extrañé,
Que te llevo conmigo,
Aunque acá te quedes.
guardaré tus besos
Como ofrenda para cruzar el Averno,
Y en tu honor,
sembraré girasoles
En los campos elíseos.
Tendré lista la mesa
Por si llegas a nuestra cita,
Con tu Chardonnay favorito,
El mantel de veredictos
Y de sobre mesa, el
Silencio que junta los
Inevitables destinos.

EL ACUERDO

Al amor pasajero le deseo lo mejor,
solo que cierre bien la puerta,
porque de seguro volveré a tocar.
Soy de los que prefiere un malo conocido
que un bueno por conocer.
¿Qué se puede hacer?
Yo querré volver.
Pero por el bien
del recuerdo de ese fugaz
momento de placer,
cierra incluso las ventanas;
que no tenga manera
mi nostálgica lluvia
de mojar tu cama.

CONFESIÓN

Hay un momento, una noche al mes que no es como las demás, un momento en que cierro los ojos y pongo a conversar a mis silencios entre sí; a mis miedos los confronto, pero siempre me retraigo entre la cobardía. Me arrojo a la batalla del pensamiento, pensando si fluir. ¿Cómo fluir? ¿Sabré? ¿Seré? Me pierdo, me pierdo y me pierdo aún más entre mis dantescos círculos del yo; me pienso y me pienso, me pienso tanto que me escapo de este sistema harto de pensar y de sentir. Me escapo para ser sin distinciones, sin un tiempo que me envejezca. Soy, en esencia, por un momento, el todo: soy la ciencia, las artes y la literatura; soy algo que no se permite en este pentagrama de pasado, presente y futuro. Esa noche, en esa misma noche, sobre las 17 de la madrugada en el reloj de mi era, finalmente soy. Pero dura tan poco porque este cuerpo material solo recuerda si necesito zapatos para andar; por eso, en esa oscura habitación no transcurre el tiempo ni el dolor, solo se escucha el aleteo de las brillantes alas de la libélula presa entre mis letras, que se alza desobediente al vuelo zumbandole a la luna... Aunque solo yo la escuche y la gravedad celosa no guarde su registro en la bitácora del tiempo, recuerdo su sonido, y espero cada 30 días para escuchar su zumbido, aunque en el estanco nacen y mueren a diario. “Meraki, meraki”, responde en coro mi eclipse en esas noches blancas, y en mis costas arriba Calipso: mi paz.

El amor

El amor verdadero huele en el día a sudor y en la noche a caballero; en la intimidad huele a pies y en la mentira sabe a dolor. El amor no vive solo, pero nace de la nada. El amor vive; el amor muere. «El verdadero amor —dijo el centurión— nunca se sintió».

IV

Los dedos no son solo dedos: son pobres mensajeros ciegos que hablan a través del tacto, son errantes emisarios que caminan descalzos. Vagan desnudos, se tocan, se sienten, se duelen y se acarician con todo. Los dedos son intrépidos, son desapegados; aunque algunos quisieran clavarse, con todo y cuerpo, en lo que no debieran tocar. Los dedos no son solo dedos: son los bastones de las viejas palmas de las manos, son las ramas de un roble que se hunde entre sus raíces. Los dedos son dedos para los ciegos de corazón; pero si ves más de lo que se permite a través de las yemas, te darás cuenta de que solo dedos, no son.

Fotogramas

Te veo en las noches tan oscura como brillante.

Te veo sentada a mi lado y lejos de mi corazón. Te veo, solo te veo y procuro no parpadear, porque no sería justo perderme un solo fotograma de tu sonrisa.

Te diviso entre las nubes del cielo nocturno tan clara como las crestas que marcan los viajeros aviones; aunque solo sea cuestión de minutos o de segundos, me recuerdan a ti cuando vivías aquí y no en mí.

Tácito y sin premura, no me retiro del aquí, aunque el lecho que nos arropaba ahora me es ajeno, me repudia, me latiga.

Te veo en los sueños que nunca puedo recordar, en las palabras que sé que dije pero que ya no las pronuncian mis desiertos labios ni las pronunciarán, al menos no como solían alabarte siempre como un susurro romántico en las cercanías de tus oídos, donde solo cabe la respiración de la intimidad hecha verbo.

Te veo solo de noche en las ramas de un árbol que se seca dentro de mí. Un árbol que se seca cada día más porque los inviernos de tu amor se fueron con los minutos del ayer, con mi sumisa manera de querer y con la visión de un loco y enamorado que te ve donde nadie más te puede ver.

Gatos en el tejado

¿A dónde van las memorias apócrifas? Digo, ¿habrá un cementerio donde reposan las miradas que se quedaron pegadas a desconocidos en los buses, al añoro normal por lo extraño, a los recuerdos inolvidables de ese amor fugaz? Bueno, de seguro no andan solas en ese limbo; tengo la impresión de que se acompañan como gatos en los tejados durante las madrugadas en eternas tertulias.

Imagino la voz del olvido como la encargada de abrir el telón y con los tonos más melancólicos, cantar al aire los pesares de todos aquellos que callaron y nunca hablaron; mientras la cobardía osa entregar las versiones de todas las historias grandiosas que pudo protagonizar, si su convicción hubiese superado sus prejuicios, y la ira con una armonía tosca, intenta romantizar la brutalidad de sus actos y pensamientos más primitivos.

Allá están, no podrían el uno sin el otro, no podrían tampoco no existir, y parece que su destino fuese estar allá, en el olvido, en el basurero de los recuerdos de cada uno, opacados por nuestras responsabilidades, pero relucientes ante cualquier crisis o estabilidad en exceso.

Me atreví a mirarla por un instante mientras pagaba mi bebida, y con un sutil coqueteo en la mirada juré volver hasta conquistarla; ya era el día número 30 de estar visitándola y me esperaba el 31…

La lógica de Poe

En medio de la incertidumbre que me embrolla, suceso tras suceso entiendo más la lógica de Poe, cuando a la desesperación se refiere. ¡Hay destinos peores que la muerte! Cuando la esperanza abandona el espíritu y la desidia se junta con el pánico frente a lo inevitable, frente a lo incontrolable, para corroer la fe y diluir el valor, el temple y el coraje de los valientes; entre súplicas y llantos, evocando la pronta extinción que cese el flagelo.

Ahora yo, como un óbice entre las fieras de la selva, encuentro emergente entre el terror de no resguardar mi fragilidad, ni controlar mi propia existencia; un discernimiento reflexivo particular, una máxima poeana ronda en mi mente como buitres a su moribunda presa: "quien no tiene un último minuto de vida, no tiene nada que esconder"; ronda, camina, vaga sin sigilo, haciendo en mi psiquis tanto ruido como las orquestas en los carnavales. ¿Acaso hay algo más que perder? ¿Qué es un hombre sin fe? Abandonado como una débil hoja arrastrada por vientos huracanados; aún consigo en mi gesto una sonrisa, ¡qué grata ironía! En verdad "ya no puedo perder nada más".

Las parsimoniosas letanías corean sermones en mi mente, mientras en silencio perpetúan los pensamientos que nunca se mencionaron. ¿Por qué? Porque no importan, porque todo reproche o arenga de victimización están de más ahora que la vanidad y el orgullo partieron por causa de la desesperación y consigo, la hermosa resignación.

Como las dagas afiladas con los grabados persas tallados en sus hojas y sus vainas, empuñadas por aquellos justos y tiranos; la desesperación y la resignación en su ápice develan lo mejor o lo peor de cada uno. Y aunque las puertas de la suerte se me han cerrado en la cara mientras limpiaba mis zapatos en el tapete; sé que sobreviviré al torrente y la vorágine de antaño levantará en mi horizonte nuevas y prósperas islas donde sembrar mi fruto y contemplar desde el confort de la mecedora, el atardecer.

Tendré la fortuna del que enterrado vivo pudo ser rescatado; pese a que los malditos buitres me hacen temer a la traición del confidente y terminar sepultado, encadenado vivo, en lo más profundo de las criptas familiares de un buen amigo.

Malditos tiempos

¡Qué tiempos los de hoy! El amor tan austero y la soledad tan infravalorada, las mejillas ya no se sonrojan si no es por lo material, y las ropas ya no estorban por el júbilo del deseo fraternal; ese deseo que mojaba los labios y se robaba en la distancia los suspiros. ¡Qué tiempos los de hoy! ¡Malditos tiempos! Que ni siquiera las miradas dicen la verdad y las mentiras dicen más verdades, la justicia se compra y el cuerpo se vende y la inocencia junto con la bondad son cortesanas al servicio del lucro de unos y el festín de la depravación de otros. A estos tiempos le temo y aún más a los del mañana.

¡Qué tiempos los de hoy!.

ENCÍCLICA I

VII. El hombre de ciudad

I

Soy parte de un todo,

un todo de carne, sangre y huesos

engullido entre una paradoja hecha calles;

opacado por la niebla del olvido

como las nubes opacan

las terrazas de los rascacielos.

Soy una máquina de pasos,

un suburbio de sueños,

una litera de emociones.

Soy el mendigo,

el inmigrante,

el policía,

la puta y el empresario.

Soy las palomas arrojando heces

como los vagos arrojan

quejidos de indignación:

«¿Por qué me ignoran? ¿Por qué? ¿Por qué a mí?».

Soy la ironía de los casos perdidos,

las promesas falsas de una vida mejor;

las promesas que me hicieron nacer acá

o migrar de allá.

Soy el espejo de agua en las cañerías,

las baldosas sueltas del adoquín,

las trampas de agua estancada

que, al menos una vez, me lavaron los pies;

los que jalan mis piernas...

Las piernas del ágil ladrón,

del artista, del suplicante

y del ambulante vendedor.

Soy sangre, drogas y miedo,

tan fuerte como el cemento de las calles;

las calles que no se van,

las que se quedan,

como las penas,

como los besos,

como las facturas sin pagar,

como el polvo que empaña los ventanales de las casas

y los pitos de los carros que nunca se van...

los festines entre el afán,

los abogados, los atorados, los avaros.

Soy economía, política, vándalos

¡Soy corrupción!

¡Soy el precio del pan!,

Soy el ingenuo deseo de vivir en el campo

y entre el silencio admirar el atardecer.

En fin, soy mi propio carcelero

en esta gigante celda llamada ciudad:

PARÍS, BARCELONA, BOGOTÁ... ¡Qué más da!

Sus cimientos dependen de mí;

me he hecho sordo, mudo y ciego

con tal de sobrevivir.

¿Qué es justicia?

¿Será todo así?

¿Tan frío, tan gris?...

Detrás de estos barrotes que no tienen candado,

entre mi hipocresía y con las manos libres,

te recomiendo ayunar.

Acá nada te alimenta:

todo es plomo o pan,

mentiras, violencia...

pero nunca la incómoda verdad.

ENCÍCLICA II

V.III El Ojo de poeta

I

Últimamente miro el cielo con tristeza;
duermo menos de lo que escribo
y escribo menos de lo que pienso.
Me pesa esta vida.
Mis entorpecidos pies
andan y andan, pero no caminan;
mis talones ampollados sangran
y el paisaje pierde la nitidez.
Los colores son menos vivos:
los de la vida, los de las rosas, los de los barcos...
Los antaños barcos del viejo muelle
que no volvieron a zarpar;
se quedaron entre el óxido y
sus pilotos, entre el alcohol.

II

Últimamente este espacio me desconoce,
siento que me observan
Me miran desde las copas de los árboles.
Me miran con la mirada clemente
del padre que ve al hijo decadente.
Los animales me miran como miro a las nubes:
con piedad, con nostalgia…
La lluvia se siente como el
el primer llanto,
con su fino roce,
me presagia las últimas sinfonías
de mis anacronismos:
el último canto, el último adiós,
el último amor.
El mar no seca mi piel
y las lágrimas son tan dulces
que ya no temo ver;
solo quiero correr.
Ya no temo intentar,

porque en el perder
fue donde más obtuve:
saber…

III

No os invito a caer;
os invito a olvidar,
a perdonar,
a sentir más allá de nuestra faz.
Dejad la hipocresía,
que a la energía no se le miente.
Escuchad, ¡oh, escuchad!
Temo por todos,
por mí... por vosotros.
¿Cuánto más debemos esperar?
¿Cuánto tardará?
La dama de la llama,
la bondad hecha ira,
la justicia flagrante,
el juicio devastador…
¿Cuánto más?
¿Quién será?
¿El Hidalgo de lúgubre casta?
¿El profeta sin túnica? o
¿El mártir desconocido?...
Ante tanta impunidad
un espíritu mesiánico
se ha apoderado de mis silencios.
Un grito efervescente,
un juicio sin sentido,
una lucha de iniciativas
que no derraman una sola gota de acción;
pero no susurra: grita, arde dentro de mí.
Grita lo que todos los que escribimos
pensamos:
¡Seré yo! Aunque no sea yo,
seré la ira del Kraken
en mis textos enardecidos;
arrancaré la piel de tus mentiras y la sangre de tus palabras
para que me respondas en silencio:
¿Vale la pena morir?
Y si es así, ¡sal ya mismo a vivir!

Cómplice

—¿Te conozco y no me conoces?

—¿Me conoces y no te conozco?

—¿No me conoces o no te conocí?...

¿Al final qué somos? ¿Conciencias permanentes en el tiempo y el espacio? ¿O huellas que el viento borró con el feroz transcurrir de los días? Totales desconocidos para aquellas calles y muros que nos vieron reír de tristeza y llorar de alegría; poco bajo la lumbre del alba y casi siempre tras el cierre del crepúsculo.

¿Qué somos? Yo de carne y hueso y tú de asfalto, ladrillos, pintura y cemento. En tus muros firmé mis más sublimes cartas de amor y en tus calles ebrio y solitario derramé mis más sinceras lágrimas.

¡Te he odiado! ¡Sí! ¿Por qué negarlo? No puedo evitar aceptar que no había buscado este encuentro porque seguro hubiese perdido la calma y estallado cien mil botellas de cerveza barata sobre el camellón a diestra y siniestra.

¿Por qué? Porque para mí fuiste cómplice de su cruel traición, porque ese día que la besé por primera vez, tus fachadas con colores vivos y el aroma del viento a café me hicieron ver a la Pelirroja tan perfecta como nunca lo fue.

¿Por qué negar que dolió? Porque dolió y seguirá doliendo, me dolió y me dolerá que ella ya no está, y aún más que hoy como cualquier callejón, sin coloridos, sucio, sin las luciérnagas alumbrando tus faroles y sin ella llegando al encuentro de nuestra rutinaria cita; no reconozcas en este, tu escenario, a tu personaje estelar.

En fin, tendré que aceptarlo cada vez que por tus lares vuelva a asomar, te diré: ¡Mucho gusto, un extraño más!

Oasis

Lloviste sobre mí y ahora tus veranos me queman la piel, la poca piel que me quedó desde tu partida.

¡En serio lloviste! Mojaste cada uno de mis desiertos e inundaste los caudales de mis ríos con tus besos y tus sonrisas; hoy no estás, ya no llueve en mi selva, hoy solo reposa en el viento el efímero recuerdo del aroma del rocío que se levantaba después de los torrentes que desatabas en mí; hoy te vas con cada día en que el olvido le cede un recuerdo de tus lluvias a mi amnesia selectiva.

Hoy te vas para mí, pero vuelves para el viejo yo, vuelves cada que la sequía me reclama por los vestigios de lo que fuera el más abundante de los océanos: “mi amor por ti”.

Vuelves y te vas como un oasis para el sediento en medio del vasto desierto, como los destellos de una supernova ante los minúsculos ojos de los sofisticados telescopios; vuelves como la lluvia y te quedas como la sed, vuelves pero nunca te quedas, vuelves y seguirás volviendo hasta que reviente de ira y cave más allá de los lagos que ahora son tumbas de piedra.

Vuelves pero algún día te irás.

El disfraz

De repente mi piel era solo un disfraz, un disfraz que se negaba a volver al viejo baúl, que me atormentaba resentido porque sabía que de no retornar al claustro moriría conmigo. Porque aunque a veces me consumía el personaje, en mi lucha no soltaría mi espada, ni reciclaría arquetipos de alquitrán. No era como ellos pero debía serlo, la rutina se debía seguir al pie del guion, pero no era suficiente para mi transformación la algarabía, las cándidas en encaje y la ambición teñida del blanco del oro que se inhala y la sangre de los toreros sobre la arena. No, yo no distinguía entre el color del cobre y el oro, o el negro y el blanco. No, para mí todos los hombres eran iguales y lo seguirán siendo. ¿Acaso el cuero del hombre, del que no se sacan abrigos pero sí se obtiene la fuerza con la que se levantan los rascacielos, acaso solo por eso no vale más que el metal? ¿Acaso debía distorsionar mi visión del ser por el brillo del oro o el verde turquesa de las esmeraldas? Tal desprecio me genera las pupilas dilatadas y la baba escurriendo de los pordioseros adinerados o la exagerada desesperación de quienes le siguen arrodillados recogiendo migas, retazos de su mierda.

Doncellas de clorofila

Esas doncellas me miran con tanta suavidad, cada que prosigo en mi andar,

me miran, me observan sutilmente por encima de las puntiagudas rejas,

los muros de los jardines o desde donde la naturaleza se levanta necia por sobre el

cemento resquebrajado.

Son ellas, coloridas bailarinas vestidas de clorofila, por eso no necesitan ropa.

¡Qué enternecedor baile! Qué chaperón el viento, que las hace danzar.

Son ellas, bellas y de todos los colores, me seducen y se ruborizan y me ruborizan,

se mecen y me estremecen, se contonean a la par,

me ofrecen una solemne venia en sincronía a mi paso,

haciéndome merecedor de su atención,

mientras pienso que tendría más de un harén de ellas en mi jardín.

Que las mejores pinturas a veces no están en los museos y que las doncellas más bellas no viven en los castillos.

El legado del vacío

Lego el deseo de amarla a quien la usurpó de mi regazo, por quien la distancia entre sus labios y los míos es tanta ahora como la que separa a la Tierra del Sol.

Lego su pureza, sus placeres, sus anhelos, sus cicatrices y su ego.

Lego el aroma de su almohada, las mañanas antes de iniciar el jornal, vestidas de café, huevos y emocionantes relatos.

Lego a aquel rufián esa simpatía que desvestía mis letras y enternecía mi malicia. Lego sus besos y sus caricias a aquel infame porque nunca me pertenecieron, siempre fueron de ella; ella que como Dafne huía de este Apolo.

Lego a dicho desconocido el susurro del vacío de la nada, porque entre ella y yo ya no hay nada; solo un espacio sideral donde las remembranzas hace mucho dejaron de resonar.

V

Llegaron de repente sin previo aviso, dos luceros relucientes del color del oscuro vacío del universo.

Llegaron tan de repente, como la lluvia esporádica en aquellos días donde la tristeza se manifiesta repentinamente desde la cúspide del amanecer hasta el cierre del ocaso.

Llegaron escondidos detrás de dos circunferencias cristalinas, dos blasfemos lentes que empañaban la belleza y el brillo de sus pupilas.

Llegaron a mi vista para robarse mi aliento y colarse entre mis sueños durante mil y una noches. ¡Qué majestuosa llegada, qué dolorosa partida! Porque no llegaron para quedarse, solo fui un minúsculo puerto baldío en su travesía hacia su destino: “su felicidad”.

LA PROMESA

No me esperes hoy, espérame mañana.

Guárdame en la mesa un lugar para el café que bebimos ayer porque el de mañana no es seguro que llegue puntual, como solo esa vez pude llegar.

No me esperes con flores, regalos u anillo; espérame con el mismo beso que me diste cuando para tu soledad fui tu remedio.

Espérame con la misma timidez con la que despojé de tu cuerpo la ropa que estaba de más, porque a las pinturas icónicas, para entenderlas, hay que apreciarlas con el alma en total desnudez.

Espérame con gratitud porque mientras nos juntamos, vivimos cada segundo como si fuera el último y cada minuto como si fuéramos conocidos de hace siglos.

Espérame dispuesta a amarme con la misma intensidad un minuto, unas horas o toda la vida.

Espérame dentro de ti como un recuerdo fugaz y recuérdame; recuérdame en él cada que releas el poema de Sabines que te solía recitar, para combatir la fatalidad de no saber si en vano me has de esperar.

Cada poema es una oda, cráteres que salen de la nada, no hay geología ni estética en las palabras, son de siempre, están siempre, y salen cada que la mierda reboza..

C.H.Letters.

El cínico

«¡No me juzgues por saberte amar! Por pintar palabras y promesas que quizás no llegue a cumplir. Por hacerte sentir como nunca, porque así es como sé vivir: a flor de piel, con sabor a pies...

No me juzgues si nos acabamos antes de ser o si ni siquiera llegamos a ser más que tendidos lavados de placer. Pero tengo que jurarte el paraíso, porque de lo contrario no sembrarías nada en el vecino jardín.

Te prometo entre los caminos del cielo, porque en los del asfalto te da miedo caminar. Tengo que prometerte el aire porque no abres tus fosas si no es de calidad. ¿Aire puro? ¿En serio te niegas a respirar por temor a morir?.

No me juzgues si te dejo, si ya no te digo, si ya no estoy. Júzgame aquí, en cada minuto que a tu lado viví o que no he vivido; por eso tengo que prometerte que seremos para siempre, porque te apegas a los pronombres, a las definiciones y se te olvida que la energía fluye ahora, que somos del ayer, que no podemos planear. Que solo nos resta amar».

Mi manera de amar

¿Y qué si te amo menos que un siglo?

Al fin de cuentas, es amor.

¿Por qué debo amarte por debajo del tiempo, si te siento tan por encima de mi piel?

Porque sería lo mismo si pasara todos los segundos de la historia despidiendo las 24 horas del día con tu grata compañía; a que si oliera el agua recién cambiada de los floreros de ruda. El agua que se pudre, el perfume que se esfuma... como no lo hará mi amor.

¿Y qué si solo te amo y que el tiempo pase?

Que no se borre la mancha de tu labial en mi camisa, o la huella del vaso en la mesa donde nunca estaría un portavasos en su lugar. El periódico que no leeré sin tu réplica desafiante, o el provocador gesto del labio que enciende mi pantalón.

¿Y qué si solo te vivo? ¿Si no te recuerdan mis neuronas, sino mis sentidos? ¿Y si solo me amas y si solo te amo? Así, sin lugar, sin tiempos; ¿Y si nos tatuamos en la eternidad amándonos menos que un segundo y amándonos cada día más?.

Cada poema es una oda, cráteres que salen de la nada, no hay geología ni estética en las palabras, son de siempre, están siempre, y salen cada que la mierda reboza..

C.H.Letters

La Epifanía

Siempre que bebo de la rutina en exceso

Y me parece absurda la tradición,

pienso en todo lo que se ha escrito,

todo lo que este mundo ha sufrido,

todo el placer, la ignominia y la sublevación;

todo ello — más que ello—,

me deja claro que soy minutos, polvo y viento.

Me queda más que claro

que la bondad, como la maldad, nunca cesarán de replicar.

Las campanas sonarán en punto para el ruiseñor,

para el ciego, para el mudo y para el vago.

Me decepciona pensar

qué cruda es la realidad:

un vaso de té sin dulce y sin taza para algunos,

y una bodega de millones de ellas sin usar, adornando la banalidad de unos pocos.

De las mil y una noches,

de las mentiras y las verdades,

de la depravación y el desasosiego;

Me queda claro

que es irremediable el ser humano.

Que Prometeo no merecía el fuego,

como el humano no merece el amor.

¿Quién más que yo para lidiar con mis soliloquios?

C.H.Letters

EL ARRIADO

Ando arriado,

sopesado por el jornal y abatido por el sentimiento. Ando arriado porque no se puede retroceder el paso mal dado, ni imprimir en el pasado la palabra que no se dijo.

Ando arriado, cuesta abajo y averiado.

Me frenan los elogios y los excesos.

Me excelso porque no comparto sus pretextos ni su punto de fuga.

Me excelso aunque soy un cerdo más entre los pordioseros.

Ando arriado.

Me fugo, me arrean; me recuerdan que me espera la arena negra, la funesta tierra.

Vivo arriado

porque soy más carne que envidias,

más sueños que vacíos,

y vacíos repletos de ilusiones.

Vivo arriado,

pero no por el tiempo; él es mi amigo.

En él me escribo, en él me preservo, en él me extingo.

Vivo arriado por el placer, la política, la economía y el suburbio antagónico de los dibujos,

Esos que me arrean; que alzan su diestra para saludar y la zurda para latigar.

Vivía arriado, ahora ando berraco,

porque no soy caballo viejo.

Fui hecho para la travesía voluntaria,

no para la esclavitud romantizada.

Me reclaman mis restos la libertad que perdí; me reclaman

porque no soy del trajín, soy del vivir. Mi fin es morir.

EL EXTRANJERO

No entiendo a la mayoría de las personas del común. Tanto flagelo por ese deseo de atención, tanto insomnio por vicisitudes del «qué dirán». Consumidos por las redes y los paradigmas. Son autorretratos mal retratados; porque se dibujan tan precisos, tan correctos, tan meticulosos para que los ojos ajenos les devoren con su morbo y los aplausos aprueben sus garabatos. ¿Por qué garabatos? Porque sólo venden mentiras, ignominias que masacraron en silencio sus personalidades, sus principios y su valor como ser. Anhelan que las vistas y los «me gusta» reparen las grietas de sus corazones heridos. Tal vez no soy del común y, como Van Gogh: ¡no pertenezco a esta era! Por eso no me miran, me señalan; me obligan a apartarme al otro lado del cauce, con los leprosos.

No entiendo a la mayoría de las personas del común, ¿cómo no respiran la vida ni admiran el aire? Cada vez bailan menos a solas y lloran en silencio. No parpadean frente a las injusticias y viven cegados por las falacias de sus tiranos, enojados, insatisfechos y siempre contrarreloj. Consumidos por el agite de la urbe, prefieren el cobre por no distinguir el color del zafiro, incapaces de detenerse a sembrar flores, encajan fichas disparejas y se rompen las cabezas de pensar siempre en el bolsillo.

No entiendo a la mayoría de personas del común, no creo vivir tanto para lograr entenderlas. Por eso prefiero a las otras, las amalgamas, las rarezas, los peones que se mueven con total libertad en el tablero de la vida; a ellos invitaría un café porque sí en una tarde soleada en Madrid.

LA INDIFERENCIA

Sufro por este mundo porque él no sufre por mí, porque no sufre por él, porque no sufre por nadie.

Sufro a escondidas y a ciegas porque en el rostro, si no se dibuja una sonrisa, no se debería salir a la calle. ¿Y en dónde está el detalle? ¡Que nací para sufrir! El mundo me debe la risa y yo le debo la vida.

Ese mundo que comparto con el gentío nació para ser admirado por mis diminutos ojos y mis manos atadas frente al resultado del caos a mi alrededor, sea justo o injusto.

A mis padres y a mis allegados, prometo no tomar bandos y siempre resaltar lo mejor de los restos de las alegrías de sus pasiones perdidas entre los anacronismos del día a día.

A ustedes prometo no recordar el pasar del tiempo, ni el hambre, ni la sed ni el deber del ser. Acatados no serán los mandatos de la moral de este príncipe pobre cuando les vea sumergirse entre la superficialidad aún más.

Sea mi padre, hermano o un vagabundo, prometo sufrir en silencio, sufrir en paz y siempre sonreír; ¡pero consciente de que vine a este mundo a sufrir!.

MANUSCRITO

Tengo ese vicio de ver más allá del acá, de no conformarme con lo que dice el ahora; sino de escarbar entre lo subliminal. Me obsesionan los gestos, las miradas, los tocs y cualquier mensaje que no se diga dentro del lenguaje común. Tengo la manía de salirme de los renglones porque ellos me detestan y yo a ellos. No concierno las verdades de día y las mentiras de noche. Pero temo, me aterroriza constantemente el arribo del día en que mi conciencia quepa en una casilla porque sería mi devastación. Porque entre mi sangre hierven pensamientos transfigurados en letras; letras que convierten la cruda y bella realidad en manifiestos literarios para la posteridad que gritan «¡vive la vida!», «¡vive la libertad!». Ese es mi legado para la humanidad.

CANTA

Canta lo que tu alma recite,

Canta las tristezas, las risas

Canta los amores y los anhelos

Canta tan duro que todos te escuchen

Canta ahora que te pueden oír

Canta la memoria de los caídos

Canta el susurro de las aves

Canta los paisajes,

Canta con ira, con cólera

Canta el repudio que tu ser siente

Ante las injusticias y la depravación

Canta ahora que puedes respirar

Que el aire acaricia tu piel y

La luna te ilumina en las noches de melancolía.

canta, canta hoy, canta mañana,

Canta en silencio, canta a gritos

pero por favor, yo en nombre de la vida

Os suplico ¡No dejes nunca de cantar!.

¿Todo el tiempo pasado fue mejor?

Los tiempos u épocas obedecen a contextos y características específicas, ligadas a su propio entorno que no pueden ser comparables ni sujetos de determinación de una mejora o un deterioro de la sociedad o las condiciones humanas de convivencia, conocimiento, sexualidad y comunicación conforme transcurre la historia.

Los agregados psicológicos o la dinámica conductual que identifica cada generación no es sino la respuesta evolutiva del punto más crítico de cada uno. En ese relevo generacional todo muta constantemente: las ideologías, los trastornos, las luchas, etc. Debido a la estructura fractal que la sociedad imita del universo, no tiene como objetivo replicar la vida, sino asegurar la continuidad de los parámetros principales que rigen los controles y poderes de la sociedad; aunque eso dé paso a una reinterpretación constante del valor, deberes y derechos del ser, con tal de integrar todos los miembros que pueda sumar a la multiplicación de sus recursos, a medida que la capacidad argumentativa de sus principios y leyes modifica sus estructuras cívicas con tal de mantener viva la célula social.

¿la voluntad como máxima individual o colectiva?

La voluntad como máxima individual o colectiva es un pegamento universal para la estructura de una sociedad que no evita las fisuras, sino que las repare al punto de no dejar cicatriz. La voluntad nunca se replicará porque no ha nacido el superhombre, sepultaron sus cimientos. Tenemos un hombre sintético, un hombre hecho para defender la propiedad privada, la plusvalía y la hipocresía moral. Cada vez nuestros dioses y nuestros líderes son más poderosos y en su interior más perversos tras bambalinas, odian a los que leen y a los que escriben con sangre: escribir con sangre es quejarse de adentro y que las acciones sean la respuesta. Mis textos nunca los someteré a discursos, concursos, opiniones, o jueces etc.. Eso es yugo, eso es Estado. El hombre del futuro debe ser un texto libre, que nace libre y muere libre, sin párrafos, sin renglones, como escribir con pincel. El hombre del futuro tiene en sus manos la capacidad de hacer, acción, causa y consecuencia. El hombre sintético de hoy es contemplativo, ansioso, anhelante, vive de lo que le proyectan, si no tienes dinero no eres feliz. El superhombre se levanta sabiendo que el mundo es miserable y corrupto y aún así actúa, vive con su más alta esperanza.

El valor del ser

El valor del ser humano no puede ni debe estar en función de lo material. Por grande que sea la cuantía, no existe ni debiera existir relación alguna entre el precio del oro y el valor de la carne humana.

La inconmensurable labor de la evolución obsequió a la humanidad de un estado de conciencia racional; aparentemente, por encima de toda especie en el planeta Tierra. Bien podría hablarse de una exageración de la premisa anterior, pero, al menos hasta lo más ancho, largo, alto y profundo que hemos podido explorar a través de los ojos de la ciencia, no existe en la Tierra un sistema burocrático o financiero en los océanos, o en la selva, o en cualquiera de los escenarios naturales, inhóspitos o dóciles de nuestro hogar, ese «punto pálido azul» como se refiere Carl Sagan.

Los asentamientos, el sistema de gobierno, la estructura económica, las colosales infraestructuras e incluso las disputas sin sentido son aspectos que pertenecen únicamente a la especie humana. Aunque el nivel de asociación es semejante a las manadas en las demás especies con las cuales compartimos este mundo, solo el hombre puede establecer un sistema de dominio semejante donde la protección y los beneficios dependen del nivel de afiliación productiva y subordinada de cada miembro. Cada relación interpersonal, directa e indirecta, con las cuales interactuamos habitualmente en los distintos grupos sociales responde a una exitosa devolución de conciencia grupal. Lo que en los demás animales es un instinto salvaje de protección desmedido, en nosotros, en cambio, es el resultado de una evaluación interna influenciada por variables denominadas «supuestos subjetivos» que, absurdamente, equilibran el valor calificativo de los demás miembros de su gran entorno social. En la escala del valor del ser, asignando una apreciación positiva o negativa en la medida que contribuyan a la sociedad de consumo, derrochando o acumulando riquezas. Asimismo, su valor aumenta en el círculo social conforme moldea su vocabulario, sus principios, autoestima y apariencia física según los intereses y el continuo relevo generacional de un sistema arcaico que se transmite hereditariamente a través de la conciencia individual por la experiencia colectiva.

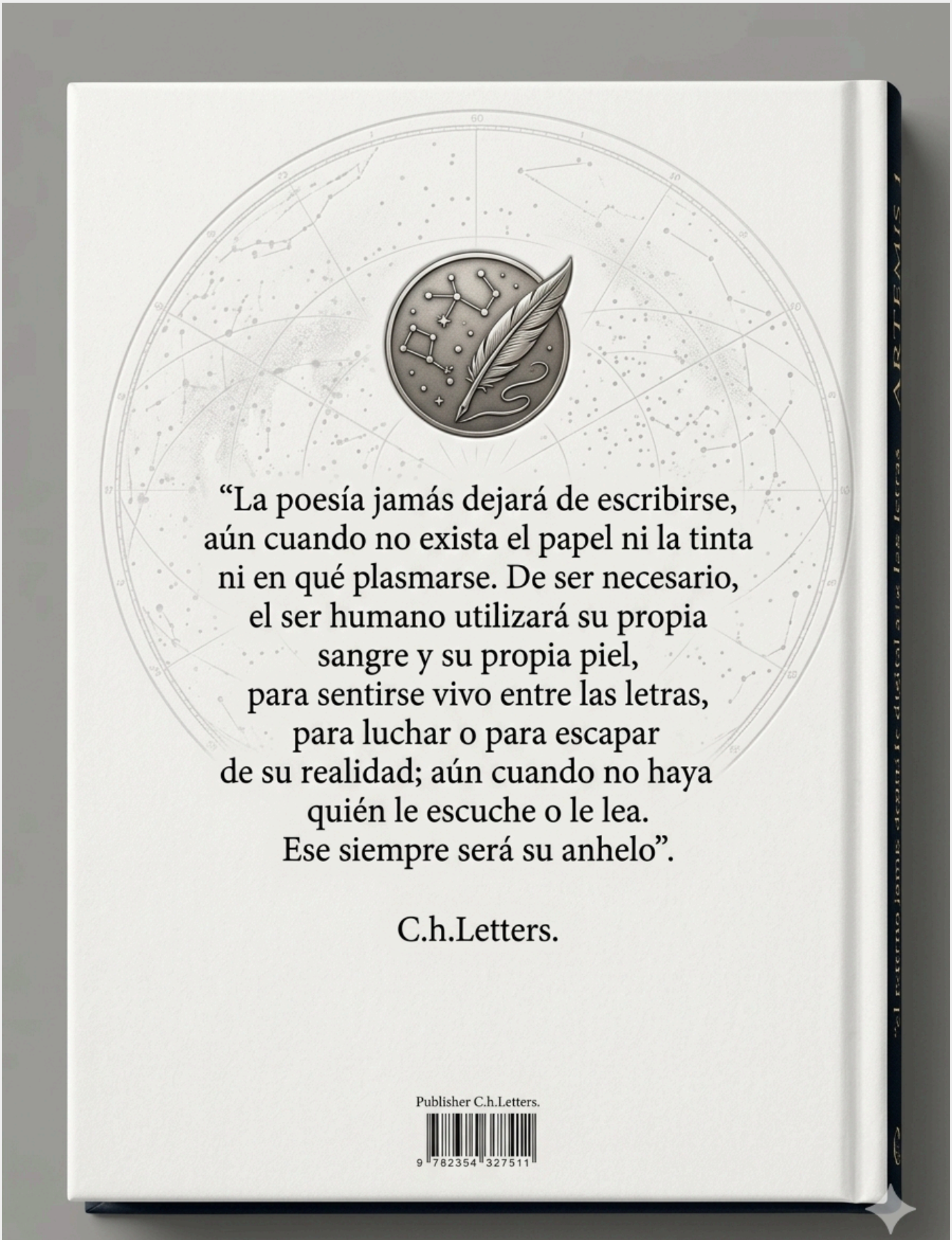
Este estado de conciencia racional-analítico ha levantado los cimientos de las civilizaciones magistrales, desde rascacielos visibles desde el espacio hasta sistemas lingüísticos cruciales en la comunicación entre las ciudades, países y continentes; sin embargo, el desarrollo no prioriza las implicaciones morales. La tendencia autosatisfactoria de los individuos levanta un muro de antipatía e indiferencia frente a quién o quiénes no posean un confort similar. En lugar de buscar la equidad y la justa distribución de los recursos, el colectivo opta por posturas excluyentes y marginales que tienen como resultado el desbalance o uso desmedido del poder, la esclavitud laboral, el placer egoísta y la corrupción del concepto del ser al otorgar precio a la vida e infringir la libertad ajena.

VI

Me siento despertar de un largo sueño, un invierno que calentó mi corazón, encogió mi apetito y disipó las mareas de heces que ahogaban mi razón. En el fondo de la violenta espiral del remolino al que yo mismo me lancé, se arrancaron de mi piel mis miedos y mis concupiscencias mortales. Después de perderlo todo en esta vida, no fue el verdugo de la ambivalente ley quien me despojara de mi putrefacta carne. Aunque a medida que me absorbían las agrestes aguas, en cada vuelta, sufrí, lloré, renegué. Conforme giraba en círculos y me hundía más, fui sed, fui hambre, fui limerencia, fui el dolor de no pertenecer a nada. Las musas me abandonaron, los lazos de sangre se apartaron, la vista cegada solo veía oscuridad y un vacío sin fin; hasta que mis pies tocaron fondo. Sentí nacer de nuevo, pero esta vez sin nada más que mi alma desnuda y en medio de la nada. Desde el fondo, ajeno al mundo que no colapsa, observaba la salida que tanto había ignorado. Las espirales violentas se convirtieron en rocas, afiladas pero escalables. Ahora debía escalar para terminar mi metamorfosis, para culminar el ritual del nacimiento estoico.

EPITAFIO

Quiero enterrar mis restos en un sarcófago de cristal. ¡Que me entierren en el aire! Para que puedan ver lo que siempre fui: un bulto de tejidos y carne destinados a morir. Porque mi verdadera esencia yacerá bajo la tierra o en el espacio, o en el plano existencial ¡yo qué sé!, y en algo se transformará. Tal vez en un ave rebelde, poética y delirante; o en una bestia compareciente, con sus garras manchadas de sangre y su corazón lleno de amor. Cuando yo muera no me entierren, ¡corrijo!; pueden tirar mi cuerpo a los hambrientos perros o a los raquíticos peces, no importa; que mi muerte dé vida. Pero por favor: "Cuando yo muera, entierren mi alma en el aire, en un sarcófago de cristal".


“La poesía jamás dejará de escribirse,
aún cuando no exista el papel ni la tinta
ni en qué plasmarse. De ser necesario,
el ser humano utilizará su propia
sangre y su propia piel,
para sentirse vivo entre las letras,
para luchar o para escapar
de su realidad; aún cuando no haya
quién le escuche o le lea.
Ese siempre será su anhelo”.
C.h.Letters.
Publisher C.h.Letters.
9 782354 327511